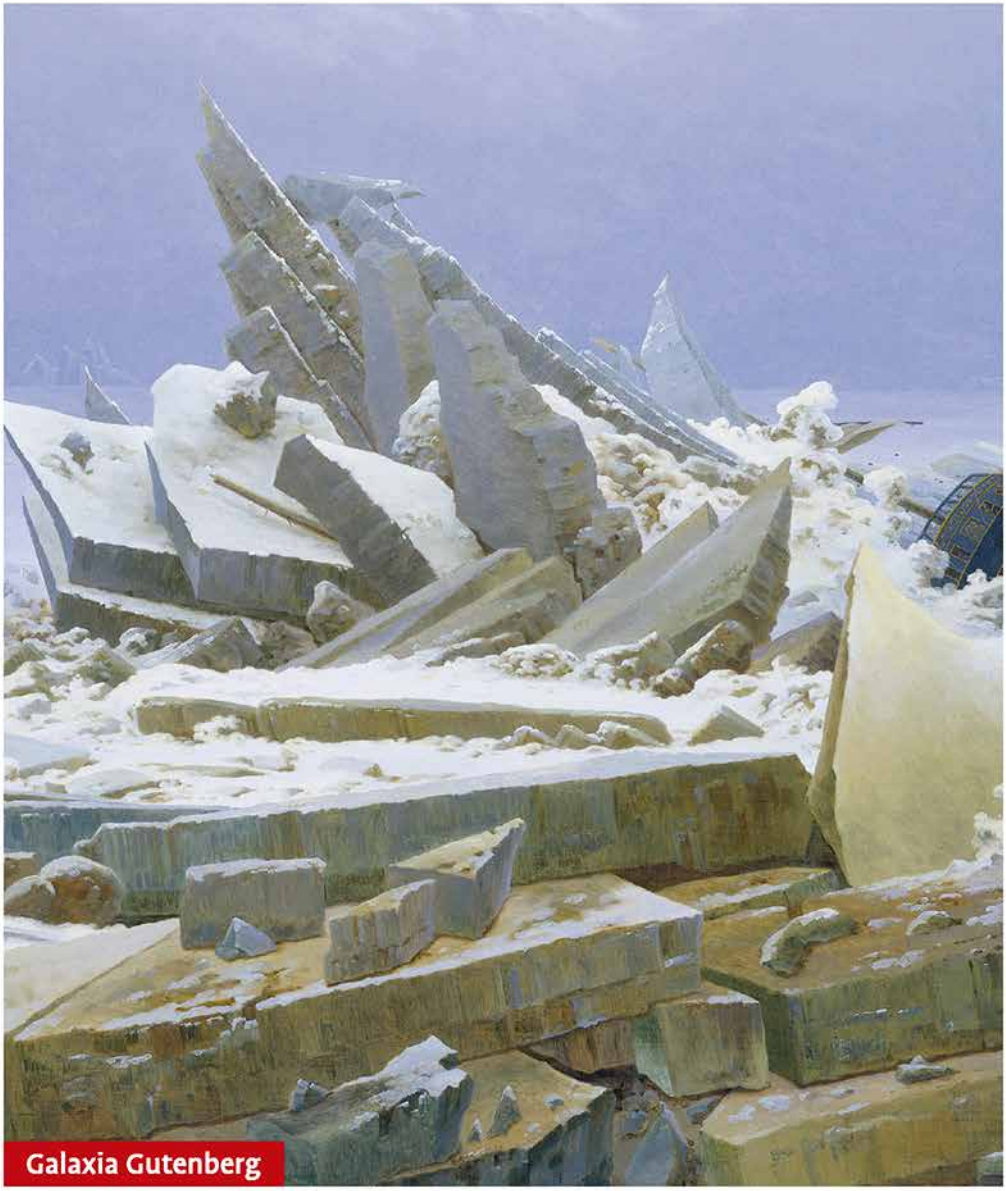
Vicente Luis Mora

Centroeuropa



Galaxia Gutenberg

VICENTE LUIS MORA

Centroeuropa

Galaxia Gutenberg



Ayuntamiento de Málaga

Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XIII Premio Málaga de Novela, concedido el 16 de diciembre de 2019 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2020
Segunda edición: diciembre de 2020
Tercera edición (primera en este formato): diciembre de 2026

© Vicente Luis Mora, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 23674-2026
ISBN: 979-13-88456-34-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la germanista Helena Cortés Gabaudan, con agradecimiento

Para Virginia

Pero, dirá el lector, ¿es un viaje a Alemania o una simple novela corta lo que pretende hacerme leer?

STENDHAL, *Rosa y verde* (1837)

Lo que ocurre es que los de ahí arriba están de nuevo empeñados en hacer historia universal.

T. FONTANE, *Antes de la tormenta* (1878)

A través de los horrores, de las ondas y del oleaje de las soledades, ella me ha guiado hasta aquí en sitio firme.

J. W. VON GOETHE, *Fausto* (II, 1832)

I

Varón, prusiano, soldado húsar y congelado.

Ése fue el primer cadáver que hallé al excavar la tierra helada para dar sepultura a mi esposa; escribo *mi esposa* porque nunca supe su verdadero nombre, aunque a eso volveré más tarde.

Cuando uno encuentra bajo su tierra, en su propio suelo, un cuerpo enterrado, sospecha que no está solo; de alguna manera, quien halla un cadáver teme o imagina que otros cuerpos aguardan inmóviles a la espera de su turno. Los terrenos de una comarca no pueden mirarse igual tras el hallazgo del primer muerto, porque ya no parecen paisajes floridos, sino camposantos.

Con el descubrimiento del cuerpo del primer soldado comenzó la historia, pero lo que deseo escribir no se entenderá bien a menos que retroceda unas horas y me remonte a mi angustiosa entrevista con el alcalde Altmayer. ¿O quizá debería ir más allá y recuperar los tristes días de Maguncia? Ruego al posible lector que perdone mis titubeos al exponer, pues estos recuerdos constituyen el primer texto largo que me he propuesto redactar, y el pasado es tan ancho, largo y profundo que escoger como punto de partida cualquiera de sus partes constituye, en cierta manera, una impostura. Nada em-

pieza en un punto exacto. Nuestra vida no comienza del todo en nuestro nacimiento.

Y sí, contaré con todo lujo de detalles la tensa conversación que tuve con el alcalde Altmayer el día de mi mudanza al Oderbruch, poco después de asomarme al río Oder y ver su plata espléndida deslizarse sin prisa camino del norte; he de contar la charla que tuve con el regidor, en cuyo transcurso comencé a atisbar las complejidades de aquellos días de la tercera década del siglo en que llegué aquí, fechas que no puedo recordar con precisión porque mi esposa y yo vivíamos demasiado en el presente y para nosotros todos los días eran iguales, felices e idénticos, idénticamente felices, hasta que ella murió, y desde entonces fueron para mí desdichados e intercambiables, intercambiablemente infelices desde que la perdí en Maguncia o Mainz, como es conocida aquí esa funesta ciudad en la que mi amada se desvaneciera para siempre.

Lo contaré todo, sin duda, pero tened paciencia, pues antes de arrancar mi relato aún me permitiréis recordar la estupefacción que me invadió en aquel instante, cuando en mi flamante pedazo de suelo –unos acres cultivables frente al río, que fluía sin remordimientos a un tiro de fusil–, al excavar mi nueva tierra me topé con el rostro helado y sorprendido de aquel soldado de Prusia, joven aún, casi un niño, con un botón suplementario en su casaca sobre el lugar del corazón, festoneado de sangre; imaginad mi sorpresa, pareja a la suya, al toparme con él, frente a frente, mientras sus ojos abiertos se espejeaban en los míos, al ahondar en la dura superficie los seis pies de tierra prusiana que iba a regalarle a mi hermosa mujer como primer y último obsequio de boda, en

tanto que su macabra dote iba a consistir en carretadas de melancolía, para disponer libremente por mi parte durante todos estos años hasta hoy mismo, cuando me he decidido a dar principio a estos recuerdos, para poner orden en ellos; y por esa razón debo desenterrar todas estas memorias, por si a alguien le fueran de provecho, quizá a un historiador como mi fiel Jakob Moltke, mi querido maestro primero y amigo después, a quien tanto debo, y a quien me gustaría dedicar este escrito, por razones que pronto se entenderán. Vuelvo a perderme, pero quiero exponer al improbable lector de este escrito la perplejidad que yo, Redo Hauptshammer, nacido en un burdel de Viena en algún momento de la agonía del siglo XVIII, sentí al ir a dar sepultura a mi mujer una mañana gélida cuando me encontré, en mi nuevo y no muy grande terreno de labranza, el cadáver de ese soldado congelado, mirándome impertérrito como si su fallecimiento en la batalla hubiese acaecido en ese instante, como si estuviera recién muerto, huésped inesperado en el reino de las sombras, como yo estaba recién llegado al reino de Federico Guillermo III de Prusia; y pala en mano recordé las palabras del alcalde Altmayer, «Será difícil sembrar allí, junto al Oder, pues al cavar hondo se topará de seguro con el agua», y me di cuenta, en mi segundo día en el Oderbruch, de que en estas tierras azotadas por la historia, lo que encuentras nada más abrir el suelo son anchos ríos de sangre.

2

Uno desconoce lo que le espera a lo largo del camino. Y además le sorprende la vida que entona dos melodías al mismo tiempo: la de tono grave y la de tono más grave. A esas líneas armónicas se unen pronto otras, las de los desastres y errores por perpetrar, como voces en un coro. Lo sabíamos mi esposa Odra –ése no era su verdadero nombre– y yo desde aquel aciago 4 de agosto en que decidimos abandonar Viena, para poner en marcha nuestro «plan francés». La idea era pasar cinco meses en Francia, más tarde explicaré en detalle los motivos, con la intención de tomar contacto con las faenas agrícolas, preparar a fondo nuestra representación social y encarar con posibilidades el futuro conjunto en Szonden. Y aunque ya nos aproximamos al relato de todas estas historias –del mismo modo que yo me acercaba a Szonden tras el tristísimo viaje de seis días, contados desde el horrible suceso de Maguncia–, déjenme añadir que la suerte puede cambiar de golpe, sin explicación, como sucedió cuando un par de jornadas después encontré a otros dos soldados napoleónicos enterrados juntos, al excavar mi pequeña finca por segunda vez en busca de un sitio propicio para sepultar el ataúd de Odra. Y todo ello acumulado de sopetón, pues los he-

chos ocurrían en la misma quincena que distaba entre nuestra llegada juntos a Maguncia, tras la experiencia en Francia y mi triste arribo a solas a Szonden; la vida me había grabado un siete en el corazón al robarme lo más querido y, casi a la vez, me dotaba irónicamente de lo necesario para sostenerme el resto de mis días.

Llegué en mi carromato al Oderbruch tras atravesar ocho comarcas de la vieja Marca de Brandeburgo; sabía que Szonden, el pequeño pueblo donde se ubicaba el trozo de tierra que constituiría mi nuevo hogar, estaba ubicado a la orilla del Oder, el ancho río que separa la Vieja Marca de la Nueva, no lejos de Fráncfort del Oder, casi a medio camino entre Berlín y Kostrzyn, una ciudad de raigambre polaca. Szonden es una localidad tan pequeña que su nombre era y aún es sólo conocido en las proximidades, lo cual me obligaba a preguntar por Fráncfort o por Lebus para no perder el camino; mi caballo daba muestras de agotamiento tras el viaje larguísimo arrastrándonos al carro y a mí, un trayecto de un día entero y nueve horas desde Magdeburgo, último lugar donde habíamos descansado sobre un común lecho de paja; un carro que pesaba lo suyo, tanto física como materialmente, al portar numerosos enseres y fardos, por no hablar del féretro que contenía a Odra.

Cuando vimos de lejos las primeras casas de lo que parecía ser Szonden, bajé del pescante de la carreta y aparté las mantas nevadas que tapaban el ataúd, por si su visión pudiera servir de argumento decisivo en la que suponía iba a ser una ardua conversación con el alcalde Altmayer; recuerdo aquel momento de fatiga y emoción como si tuviera lugar ahora frente a mis ojos: el río Oder parcialmente helado diez codos a mi derecha; el

camino, nevado; los temblores que sentía no sé si por el hondo frío invernal o por el tacto de la caja fúnebre de Odra; la conciencia de que todo cuanto había imaginado podía irse al traste; la evidencia de que nada podría ir a peor.

Los nervios me invadían de tal modo que decidí sentarme para serenar la mente, lo que hice sobre el basto féretro de pino que atesoraba a mi amada, cuya tapa era el único lugar templado en las inmediaciones al haber permanecido cubierto; para apaciguarme en lo posible repetí en voz alta unas once veces la frase que debía interiorizar hasta la misma médula: *me llamo Redo Hauptshammer y nací en Viena de madre austriaca y padre desconocido*; también me hice consciente del tono con que la pronunciaba, porque no podía dejar que mi desesperación me delatara y echase a perder los planes cuidadosamente imaginados junto a Odra; cuando abrí los ojos, había un hombre gigante alzado frente a mí, que me observaba con expresión perdida.

Delgado como un arcabuz, con la boca abierta mostrando los dientes inferiores y ungido con escasa inteligencia en la mirada, aquel fenómeno era tan alto que su faz estaba situada a la altura de la mía, pese a estar yo sentado sobre un ataúd sito a su vez encima de un carromato; el coloso debía medir casi doce pies; «Yo soy Udo», me dijo, y entendí que de esa guisa respondía a mi anterior letanía repitiendo mi nombre para convencerme de él, para hacer míos nombre y apellido, y modulé el tono de mi voz, pues ya estaba en mi nuevo país. *Creo que aquellas casas que pueden divisarse desde aquí anuncian el pueblo de Szonden*; «Es cierto que estamos en Szonden»; *le estaría muy agradecido si pudie-*

ra llevarme ante el alcalde; «Altmayer»; *¿es ése su nombre, el del alcalde?*; «El alcalde Altmayer. Son las trece horas en punto»; no le entendí, su mirada era abyecta, pensé que estaba loco de remate, hasta que pronunció una frase inquietante: «Hay algo extraño en usted».

No podía ser tan fácil descubrirme, era imposible tras casi tres años de adiestramiento con Odra, tras superar sin problemas en Francia la prueba de mezclarme durante varios meses con todo tipo de gente; era por entero inviable que a un idiota le bastaran apenas tres frases para levantar el velo de mi cuidada representación, y me tranquilizó pensar que quizá fuese mi acento austriaco lo que desconcertaba al gigante, pues no dejaba yo de ser en todo caso un extranjero, un recién llegado a una nueva realidad; el caso es que al día siguiente recordé ese momento de pavor, sentido un poco antes de que Udo me llevase al número 14 de la Oderstrasse, propiedad del alcalde Altmayer; lo recordé tras volver a cubrir de tierra al húsar de Federico Guillermo II –este dato me lo proporcionó mi amigo Jakob– que había sacado a la luz, al intentar dar sepultura a mi querida Odra. Quizá el recuerdo de Udo vino propiciado por la larga sombra de uno de los cipreses que separan mi fundo del de Hans, el campesino colindante, pues junto a esa hilera de árboles decidí comenzar la nueva inhumación, que acabó siendo, de nuevo, exhumación; cuál fue mi sorpresa tras hallar otra vez un rastro de sangre coagulada y luego, un codo más abajo, chocar mi pala contra algo durísimo al dar un sosquín cerrado con todas mis fuerzas; tan duro era el objeto que llegué a pensar incluso en un cofre enterrado, quizá lleno de monedas; me pregunté si las leyes del lugar, que desconocía por

completo, atribuirían en tal caso la titularidad a su descubridor.

Estaba ya imaginando una nueva conversación con Altmayer sobre este particular, después de la charla sostenida el día anterior –a la que este relato llegará en breve, supongo–, cuando descubrí con horror que el supuesto arcón de oro era en realidad un cuerpo humano congelado, *otro* cuerpo humano; tras no pocos esfuerzos y la extracción de alrededor de dieciséis metros cúbicos de tierra y aguanieve, no sólo exhumé el cuerpo entero, sino un segundo cadáver, enterrado junto a ése: eran dos hermanos gemelos, vestidos con traje de soldado napoleónico, con heridas de bala y bayoneta en diversas zonas de sus cuerpos, completamente helados. A duras penas pude contener las lágrimas, porque un compañero de estos mílites de infantería había causado, por error, la muerte de mi Odra en Maguncia; por ese motivo, no me hizo falta la explicación ulterior de Jakob: los uniformes franceses eran, junto a los austriacos posteriores a 1790, los únicos que yo podía reconocer; me senté desolado al borde del gran agujero abierto, sudando por el esfuerzo pese al frío inverosímil de aquella mañana nublada, frente a dos cuerpos iguales que dormían el sueño eterno, mientras que el ataúd de mi esposa, que había arrastrado hasta ese extremo del campo con no pocas penurias, me miraba perplejo; por si faltaba algún detalle, comenzó de nuevo a nevar.

Me daba cuenta de que no podía permanecer demasiado tiempo a la intemperie, sudado como estaba, sin gran riesgo de sufrir una pulmonía, enfermedad que no podía permitirme, de ninguna forma, al depender de mis propias manos para la subsistencia alimenticia, así

que extraje fuerzas de flaqueza y comencé a excavar unos dieciocho pasos más allá, casi al borde del camino que da fin al predio por el lado oeste; cavaba con una mezcla de fatiga, pena y desesperación, que se incrementaron cuando hice el siguiente descubrimiento, pero a esa nueva aberración volveré más tarde, pues creo por fin llegado el momento de regresar al día anterior, cuando el gigantesco Udo me dejó frente a una hermosa casa de Szonden, en cuya puerta esperaba un hombre con los brazos cruzados que, desafiando al frío increíble, nos miraba con severidad: el alcalde Altmayer.